do ido mucho camino y muy enojado por ellos, trastornó todas las alhajas de Jacob, buscándolos.

5. La persona devota de veras, en lo invisible principalmente pone su devoción, y pocas imágenes ha menester y de pocas usa, y de aquellas que más se conforman con lo divino que con lo humano, conformándolas a ellas y a sí en ellas, con el traje del otro siglo y su condición, y no con éste; porque no solamente no le mueva el apetito la figura de este siglo, pero que aun no se acuerde por ellas de él, teniendo delante de los ojos cosa que a él se le parezca o a alguna de sus cosas.

Ni en ésas de que usa tiene asido el corazón, porque, si se las quitan, se pena muy poco; porque la viva imagen busca dentro de sí, que es Cristo crucificado, en el cual antes gusta de que todo se lo quiten y que todo le falte. Hasta los motivos y medios que llegan más a Dios, quitándoselos, queda quieto. Porque mayor perfección del alma es estar con tranquilidad y gozo en la privación de esos motivos, que en la posesión con apetito y asimento de ellos. Que aunque es bueno gustar de tener aquellas imágenes que ayuden al alma a más devoción—por lo cual siempre se ha de escoger la que más mueve—; pero no es perfección estar tan asido a ellas que con propiedad las posea, de manera que, si se las quitaren, se entristezca.

6. Tenga por cierto el alma que cuanto más asida con propiedad estuviere a la imagen o motivo, tanto menos subirá a Dios su devoción y oración. Que aunque es verdad que por estar unas más al propio que otras, y excitar más la devoción unas que otras, conviene aficionarse más a unas que a otras por esta causa sólo, como acabo ahora

de decir, no ha de ser con la propiedad y asimiento que tengo dicho; de manera, que lo que ha de llevar el espíritu volando por allí a Dios, olvidando luego eso y esotro, se lo coma todo el sentido, estando todo engolfado en el gozo de los instrumentos, que habiéndome de servir sólo para ayuda de esto, ya por mi imperfección me sirve para estorbo y no menos que el asimiento y propiedad de otra cualquier cosa.

7. Pero ya que en esto de las imágenes tengas alguna réplica, por no tener tú bien entendida la desnudez y pobreza de espíritu que requiere la perfección, a lo menos no la podrás tener en la imperfección, que comúnmente tienen en los rosarios; pues apenas hallarás quien no tenga alguna flaqueza en ellos, queriendo que sea de esta hechura más que de aquélla, o de este color y metal más que de aquél, o de este ornato o de estotro; no importando más el uno que el otro para que Dios oiga mejor lo que se reza por éste que por aquél; antes aquélla que va con sencillo y verdadero corazón, no mirando más que a agradar a Dios, no dándose nada más por este rosario que por aquél, si no fuese de indulgencias.

8. Es nuestra vana codicia de suerte y condición, que en todas las cosas quiere hacer asiento; y es como la carcoma, que roe lo sano, y en las cosas buenas y malas hace su oficio. Porque ¿qué otra cosa es gustar tú de traer el rosario curioso, y querer que sea antes de esta manera que de aquélla, sino tener puesto tu gozo en el instrumento, y querer escoger antes esta imagen que la otra, no mirando si te despertará más el amor divino, sino en si es más preciosa y curiosa? Si tú empleases el apetito y gozo sólo en amar a Dios, no se

te daría nada por eso ni por esotro. Y es grande enfado ver algunas personas espirituales tan asidas al modo y hechura de estos instrumentos y motivos, y a la curiosidad y vano gusto en ellos; porque nunca los veréis satisfechos, sino siempre dejando unos por otros, y trocando y olvidando la devoción del espíritu por estos modos visibles, teniendo en ellos el asimiento y propiedad, no de otro género a veces que en otras alhajas temporales, de lo cual no sacan poco daño.

CAPITULO 36

En que prosigue de las imágenes, y dice de la ignorancia que acerca de ellas tienen algunas personas.

1. Mucho había que decir de la rudeza que muchas personas tienen acerca de las imágenes; porque llega la bobería a tanto, que algunas ponen más confianza en unas imágenes que en otras, entendiendo que les oirá Dios más por éstas que por aquéllas, representando ambas una misma cosa, como dos de Cristo o dos de nuestra Señora. Y esto es, porque tienen más afición a la una hechura que a la otra; en lo cual va envuelta gran rudeza acerca del trato con Dios, y culto y honra que se le debe, el cual sólo mira a la fe y pureza del corazón del que ora. Porque el hacer Dios a veces más mercedes por medio de una imagen que de otra de aquel mismo género, no es porque haya más en una que en otra para este efecto—aunque en la hechura tenga mucha diferencia—, sino porque las personas despiertan más su devoción por medio de una que de otra. Que si la misma devo-

ción tuviese por la una que por la otra—y aun sin la una y sin la otra—, las mismas mercedes recibirían de Dios.

2. De donde la causa porque Dios despierta milagros y hace mercedes por medio de algunas imágenes más que por otras, no es para que estimen más aquéllas que las otras, sino para que con aquella novedad se despierte la dormida devoción y afecto de los fieles a oración. Y de aquí es que, como entonces por medio de aquella imagen se enciende la devoción y se continúa la oración—que lo uno y lo otro es medio para que oiga Dios y conceda lo que se le pide—, entonces y por medio de aquella imagen, por la oración y afecto continúa Dios las mercedes y milagros en aquella imagen; que cierto está que no los hace Dios por la imagen, pues en sí no es más que pintura; sino por la devoción y fe que se tiene con el santo que representa. Y así, si la misma devoción tuvieses tú y fe en nuestra Señora delante de esta su imagen que delante de aquélla, que representa la misma—y aun sin ella, como habemos dicho—, las mismas mercedes recibirías. Que aun por experiencia se ve que, si Dios hace algunas mercedes y obra milagros, ordinariamente las hace por medio de algunas imágenes no muy bien talladas ni curiosamente pintadas o figuradas; porque los fieles no atribuyan algo de esto a la figura o pintura.

3. Y muchas veces suele obrar nuestro Señor estas mercedes por medio de aquellas imágenes que están más apartadas y solitarias. Lo uno, porque con aquel movimiento de ir a ellas crezca más el afecto y sea más intenso el acto. Lo otro, porque se aparten del ruido y gente a orar, como lo hacía el Señor. Por la cual, el que hace la rome-

ría hace bien de hacerla cuando no va otra gente, aunque sea tiempo extraordinario. Y cuando va mucha turba, nunca yo se lo aconsejaría; porque ordinariamente vuelven más distraídos que fueron. Y muchos las toman y hacen más por recreación que por devoción.

De manera que, como haya devoción y fe, cualquiera imagen bastará; mas si no la hay, ninguna bastará. Que harto viva imagen era nuestro Salvador en el mundo; y, con todo, los que no tenían fe, aunque más andaban con El y veían sus obras maravillosas, no se aprovechaban. Y ésa era la causa por qué en su tierra no hacía muchas virtudes, como dice el Evangelista (*Lc.*, 4, 24).

4. También quiero aquí decir algunos efectos sobrenaturales que causan a veces algunas imágenes en personas particulares. Y es que a algunas imágenes da Dios espíritu particular en ellas, de manera que quede fijada en la mente la figura de la imagen y devoción que causó, trayéndola como presente; y cuando de repente de ella se acuerda, le hace el mismo espíritu que cuando la vio, a veces menos, y aun a veces más; y en otra imagen, aunque sea de más perfecta hechura, no hallará aquel espíritu.

5. También muchas personas tienen devoción más en unas hechuras que en otras, y en algunas no será más que afición y gusto natural, así como a uno contentará más el rostro de una persona que de otra, y se aficionará más a ella naturalmente y la traerá más presente en su imaginación, aunque no sea tan hermosa como las otras, porque se inclina su natural a aquella manera de forma y figura. Y así, pensarán algunas personas que la afición que tienen a tal o tal imagen es devoción,

y no será quizá más que afición y gusto natural. Otras veces acaece que mirando una imagen la vean moverse, o hacer semblantes y muestras, y dar a entender cosas, o hablar. Esta manera y la de los efectos sobrenaturales que aquí decimos de las imágenes, aunque es verdad que muchas veces son verdaderos efectos y buenos, causando Dios aquello o para aumentar la devoción, o para que el alma tenga algún arrimo, a que ande asida por ser algo flaca y no se distraiga; muchas veces lo hace el demonio para engañar y dañar. Por tanto, para todo daremos doctrina en el capítulo siguiente.

CAPITULO 37

De cómo se ha de encaminar a Dios el gozo de la voluntad por el objeto de las imágenes, de manera que no yerre ni se impida por ellas.

1. Así como las imágenes son de gran provecho para acordarse de Dios y de los santos, y mover la voluntad a devoción usando de ellas por la vía ordinaria, como conviene, así también serán para errar mucho si cuando acaecen cosas sobrenaturales acerca de ellas, no supiese el alma haberse como conviene para ir a Dios. Porque uno de los medios con que el demonio coge a las almas incautas con facilidad y las impide el camino de la verdad del espíritu, es por cosas sobrenaturales y extraordinarias, de que hace muestra por las imágenes, ahora en las materiales y corporales que usa la Iglesia, ahora en las que él suele fijar en la fantasía debajo de tal o tal santo o imagen suya, transfigurándose en ángel de luz, para engañar.

Porque el astuto demonio en esos mismos medios que tenemos para remediarnos y ayudarnos, se procura disimular para cogernos más incautos. Por lo cual, el alma buena siempre en lo bueno se ha de recelar más, porque lo malo ello trae consigo el testimonio de sí.

2. Por tanto, para evitar todos los daños que al alma pueden tocar en este caso, que son, o ser impedida de volar a Dios, o usar con bajo estilo e ignorantemente de las imágenes, o ser engañado natural o sobrenaturalmente por ellas; las cuales cosas son las que arriba habemos tocado; y también para purificar el gozo de la voluntad en ellas y enderezar por ellas el alma a Dios, que es el intento que en el uso de ellas tiene la Iglesia, sola una advertencia quiero poner aquí, que bastará para todo, y es: que pues las imágenes nos sirven para motivo de las cosas invisibles, que en ellas solamente procuremos el motivo y afición y gozo de la voluntad en lo vivo que representan. Por tanto, tenga el fiel este cuidado, que en viendo la imagen, no quiera embeber el sentido en ella, ahora sea corporal la imagen, ahora imaginaria; ahora de hermosa hechura, ahora de rico atavío; ahora le haga devoción sensitiva, ahora espiritual, ahora le haga muestras sobrenaturales, no haciendo caso de nada de estos accidentes, no repare más en ella, sino luego levante de ahí la mente a lo que representa, poniendo el jugo y gozo de la voluntad en Dios con la oración y devoción de su espíritu, o en el santo que invoca; porque lo que se ha de llevar lo vivo y el espíritu, no se lo lleve lo pintado y el sentido. De esta manera no será engañado, porque no hará caso de lo que la imagen le dijere, ni ocupará el sentido ni el espíritu que no vaya libremente a Dios, ni pondrá más confianza

en una imagen que en otra. Y la que sobrenaturalmente le diese devoción, se la dará más copiosamente, pues que luego va a Dios con el afecto. Porque Dios siempre que hace ésas y otras mercedes, las hace inclinando el afecto del gozo de la voluntad a lo invisible, y así quiere que lo hagamos, aniquilando la fuerza y jugo de las potencias acerca de todas las cosas visibles y sensibles.

CAPITULO 38

Prosigue en los bienes motivos.—Dice de los oratorios y lugares dedicados para oración.

1. Paréceme que ya queda dado a entender cómo en estos accidentes de las imágenes puede tener el espiritual tanta imperfección, y por ventura más peligrosa, poniendo su gusto y gozo en ellas, como en las demás cosas corporales y temporales. Y digo que más, por ventura, porque con decir: cosas santas son, se aseguran más, y no temen la propiedad y asimiento natural; y así, se engañan a veces harto, pensando que ya están llenos de devoción porque se sienten tener el gusto en estas cosas santas, y, por ventura, no es más que condición y apetito natural, que, como le ponen en otras cosas, le ponen en aquello.

2. De aquí es—porque comencemos a tratar de los oratorios—, que algunas personas no se hartan de añadir unas y otras imágenes a su oratorio, gustando del orden y atavío con que las ponen, a fin de que su oratorio esté bien adornado y parezca bien; y a Dios no le quieren más así que así,

mas antes menos, pues el gusto que ponen en aquellos ornatos pintados, quitan a lo vivo, como habemos dicho. Que aunque es verdad que todo ornato y atavío y reverencia que se puede hacer a las imágenes es muy poco—por lo cual los que las tienen con poca decencia y reverencia son dignos de mucha reprensión, junto con los que hacen algunas tan mal talladas, que antes quitan la devoción que la añaden, por lo cual habían de impedir a algunos oficiales que en esta arte son cortos y toscos—; pero ¿qué tiene esto que ver con la propiedad y asimiento y apetito que tú tienes en estos ornatos y atavíos exteriores, cuando de tal manera te engolfan el sentido, que te impiden mucho el corazón de ir a Dios, y amarle y olvidarte de todas las cosas por su amor? Que si a esto faltas por esotro, no sólo no te lo agradecerá, mas antes te castigará por no haber buscado en todas las cosas su gusto más que el tuyo.

Lo cual podrás bien entender en aquella fiesta que hicieron a Su Majestad cuando entró en Jerusalén, recibiéndole con tantos cantares y ramos, y lloraba el Señor (*Lc.*, 19, 41); porque teniendo ellos su corazón muy lejos de El, le hacían pago con aquellas señales y ornatos exteriores. En lo cual, podemos decir que más se hacían fiesta a sí mismos que a Dios; como acaece a muchos el día de hoy que cuando hay alguna solemne fiesta en alguna parte, más se suelen alegrar por lo que ellos se han de holgar en ella, ahora por ver, o ser vistos, ahora por comer, ahora por otros sus respetos, que por agradar a Dios. En las cuales inclinaciones e intenciones ningún gusto dan a Dios; mayormente, los mismos que celebran las fiestas, cuando inventan para interponer en ellas cosas ridículas e indevotas para incitar a risa a la gente,

con que más se distraen; y otros ponen cosas que agraden más a la gente que la muevan a devoción.

3. Pues ¿qué diré de otros intentos que tienen algunos de intereses en las fiestas que celebran? Los cuales, si tienen más el ojo y codicia a esto que al servicio de Dios, ellos se lo saben, y Dios que lo ve; pero en las unas maneras y en las otras, cuando así pasan, crean que más se hacen a sí la fiesta que a Dios. Porque lo que por su gusto o el de los hombres hacen, no lo toma Dios a su cuenta, antes muchos se estarán holgando de los que comunican en las fiestas de Dios, y Dios se estará con ellos enojando, como lo hizo con los hijos de Israel cuando hacían fiesta cantando y bailando a su ídolo, pensando que hacían fiesta a Dios, de los cuales mató muchos millares (*Ex.*, 33, 7-28). O como con los sacerdotes Nadab y Abiud, hijos de Aarón, a quien mató Dios con los incensarios en las manos, porque ofrecían fuego ajeno (*Lev.*, 10, 1-2). O como al que entró en las bodas mal ataviado y compuesto, al cual mandó el rey *echar en las tinieblas exteriores, atado de pies y manos* (*Mt.*, 22, 12-13). En lo cual se conoce cuán mal sufre Dios en las juntas que se hacen para su servicio, estos desacatos. Porque ¡cuántas fiestas, Dios mío, os hacen los hijos de los hombres, en que se lleva más el demonio que Vos! Y el demonio gusta de ellas, porque en ellas, como el tratante, hace él su feria. Y cuántas veces diréis Vos en ellas (*Mt.*, 15, 8): *Este pueblo con los labios me honra sólo, mas su corazón está lejos de mí, porque me sirve sin causa.* Porque la causa por que Dios ha de ser servido, es sólo por ser El quien es, y no interponiendo otros fines. Y así, no sirviéndole sólo por quien El es, es servirle sin causa final de Dios.

4. Pues, volviendo a los oratorios, digo que algunas personas los atavían más por su gusto que por el de Dios; y algunos hacen tan poco caso de la devoción de ellos, que no los tienen en más que sus camarines profanos; y aun algunos no en tanto, pues tienen más gusto en lo profano que en lo divino. Pero dejemos ahora esto, y digamos todavía de los que hilan más delgado, es a saber, de los que se tienen por gente devota. Porque muchos de éstos de tal manera dan en tener asido el apetito y gusto a su oratorio y ornato de él, que todo lo que habían de emplear en oración de Dios y recogimiento interior, se les va en esto. Y no echan de ver que no ordenando esto para el recogimiento interior y paz del alma, se distraen tanto con ello como en las demás cosas, y se inquietarán en el tal gusto a cada paso, y más si se lo quisiesen quitar.

CAPITULO 39

De cómo se ha de usar de los oratorios y templos, encaminando el espíritu a Dios.

1. Para encaminar a Dios el espíritu en este género, conviene advertir que a los principiantes bien se les permite, y aun les conviene tener algún gusto y jugo sensible acerca de las imágenes, oratorios y otras cosas devotas visibles, por cuanto aún no tienen destetado ni desarrimado el paladar de las cosas del siglo, porque con este gusto dejen el otro. Como al niño que, por desembarazarle la mano de una cosa, se la ocupan con otra, porque no llore dejándole las manos vacías. Pero para ir adelante, también se ha de desnudar el es-

piritual de todos esos gustos y apetitos en que la voluntad puede gozarse; porque el puro espíritu muy poco se ata a nada de esos objetos, sino sólo en recogimiento interior y trato mental con Dios. Que aunque se aprovecha de las imágenes y oratorios, es muy de paso, y luego para su espíritu en Dios, olvidado de todo lo sensible.

2. Por tanto, aunque es mejor orar donde más decencia hubiere, con todo, no obstante esto, aquel lugar se ha de escoger donde menos se embarazare el sentido y el espíritu de ir a Dios. En lo cual nos conviene tomar aquello que responde nuestro Salvador a la mujer samaritana, cuando le preguntó que cuál era más acomodado lugar para orar, el templo o el monte, le respondió (*Jn.*, 4, 23-24): Que no estaba la verdadera oración aneja al monte ni al templo, sino que los adoradores de que se agradaba el Padre *son los que le adoran en espíritu y verdad.* De donde, aunque los templos y lugares apacibles son dedicados y acomodados a oración—porque el templo no se ha de usar para otra cosa—, todavía para negocio de trato tan interior como éste que se hace con Dios, aquel lugar se debe escoger que menos ocupe y lleve tras sí el sentido. Y así, no ha de ser lugar ameno y deleitable al sentido— como suelen procurar algunos—, porque en vez de recoger a Dios el espíritu, no pare en recreación y gusto y sabor del sentido. Y por eso es bueno lugar solitario, y aun áspero, para que el espíritu sólida y derechamente suba a Dios, no impedido ni detenido en las cosas visibles; aunque alguna vez ayudan a levantar el espíritu, mas esto es olvidándolas luego y quedándose en Dios. Por lo cual, nuestro Salvador escogía lugares solitarios para orar, y aquellos que no ocupasen mucho los sentidos—para darnos ejemplo—, sino

que levantasen el alma a Dios, como eran los montes que se levantaban de la tierra, y ordinariamente son pelados, sin materia de sensitiva recreación.

3. De donde el verdadero espiritual nunca se ata ni mira en que el lugar para orar sea de tal o tal comodidad, porque esto todavía es estar atado al sentido; sino sólo al recogimiento interior, en olvido de eso y de esotro, escogiendo para esto el lugar más libre de objetos y jugos sensibles, sacando la advertencia de todo eso para poder gozarse más a solas de criaturas con su Dios. Porque es cosa notable ver algunos espirituales que todo se les va en componer oratorios y acomodar lugares agradables a su condición o inclinación, y del recogimiento interior, que es el que hace al caso, hacen menos caudal, y tienen muy poco de él; porque si le tuviesen, no podrían tener gusto en aquellos modos y maneras, antes les cansarían.

CAPITULO 40

Que prosigue encaminando el espíritu al recogimiento interior acerca de lo dicho.

1. La causa, pues, por qué algunos espirituales nunca acaban de entrar en los verdaderos gozos del espíritu, es porque nunca acaban ellos de alzar el apetito del gozo de estas cosas exteriores y visibles. Adviertan estos tales que, aunque el lugar decente y dedicado para oración es el templo y oratorio visibles, y la imagen para motivo, que no ha de ser de manera que se emplee el jugo y sabor del alma en el templo visible y motivo, y se olvide de orar en el templo vivo, que es el interior recogimiento del alma. Porque, para adver-

tirnos esto, dijo el Apóstol (1 *Cor.*, 3, 16): *Mirad que vuestros cuerpos son templos vivos del Espíritu Santo, que mora en vosotros.* Y esta consideración nos envía la autoridad que habemos alegado de Cristo, es a saber: *A los verdaderos adoradores conviene adorar en espíritu y verdad.* Porque muy poco caso hace Dios de tus oratorios y lugares acomodados, si, por tener el apetito y gusto asido a ellos, tienen algo menos de desnudez interior, que es la pobreza espiritual en negación de todas las cosas que puedes poseer.

2. Debes, pues, para purgar la voluntad del gozo y apetito vano en esto, y enderezarlo a Dios en tu oración, sólo mirar que tu conciencia esté pura, y tu voluntad entera con Dios, y la mente puesta de veras en El; y, como he dicho, escoger el lugar más apartado y solitario que pudieres, y convertir todo el gozo de la voluntad en invocar y glorificar a Dios; y de esotros gustillos de lo exterior no hagas caso, antes los procures negar. Porque si se hace el alma al sabor de la devoción sensible, nunca atinará a pasar a la fuerza del deleite del espíritu, que se halla en la desnudez espiritual mediante el recogimiento interior.

CAPITULO 41

De algunos daños en que caen los que se dan al gusto sensible de las cosas y lugares devotos de la manera que se ha dicho.

1. Muchos daños se le siguen, así acerca de lo interior como de lo exterior, al espiritual por quererse andar al sabor sensitivo acerca de las dichas cosas. Porque acerca del espíritu nunca llegará al

recogimiento interior del espíritu, que consiste en pasar de todo eso y hacer olvidar al alma todos esos sabores sensibles, y entrar en lo vivo del recogimiento del alma, y adquirir las virtudes con fuerza. Cuando a lo exterior le causa no acomodarse a orar en todos los lugares, sino en los que son a su gusto; y así, muchas veces faltará a la oración, pues, como dicen, no está hecho más que al libro de su aldea.

2. Demás de esto, este apetito les causa muchas variedades, porque de éstos son los que nunca perseveran en un lugar, ni a veces en un estado, sino que ahora los veréis en un lugar, ahora en otro; ahora tomar una ermita, ahora otra; ahora componer un oratorio, ahora otro.

Y de éstos son también aquellos que se les acaba la vida en mudanzas de estados y modos de vivir. Que como sólo tienen aquel fervor y gozo sensible acerca de las cosas espirituales, y nunca se han hecho fuerza para llegar al recogimiento espiritual por la negación de su voluntad y sujeción en sufrirse en desacomodamiento, todas las veces que ven un lugar devoto a su parecer, o alguna manera de vida o estado que cuadre con su condición e inclinación luego se van tras él, y dejan el que tenían. Y como se movieron por aquel gusto sensible, de aquí es que presto buscan otra cosa, porque el gusto sensible no es constante, porque falta muy presto.

CAPITULO 42

De tres diferencias de lugares devotos, y cómo se ha de haber acerca de ellos la voluntad.

1. Tres maneras de lugares hallo, por medio de los cuales suele Dios mover la voluntad a devoción.

La *primera* es algunas disposiciones de tierras y sitios, que con la agradable apariencia de sus diferencias, ahora en disposición de tierra, ahora de árboles, ahora de solitaria quietud, naturalmente despiertan la devoción. Y de éstos es cosa provechosa usar, cuando luego enderezan a Dios la voluntad en olvido de los dichos lugares, así como para ir al fin conviene no detenerse en el medio y motivo más de lo que basta. Porque si procuran recrear el apetito y sacar jugo sensitivo, antes hallarán sequedad de espíritu y distracción espiritual; porque la satisfacción y jugo espiritual no se halla sino en el recogimiento interior.

2. Por tanto, estando en el tal lugar, olvidados del lugar, han de procurar estar en su interior con Dios, como si no estuviesen en el tal lugar. Porque si se andan al sabor y gusto del lugar como habemos dicho, de aquí para allí, más es buscar recreación sensitiva e instabilidad de ánimo, que sosiego espiritual. Así lo hacían los anacoretas y otros santos ermitaños, que en los anchísimos y grandiosísimos desiertos escogían el menor lugar que les podía bastar, edificando estrechísimas celdas y cuevas y encerrándose allí; donde san Benito estuvo tres años, y otro, que fue san Simón, se ató con una cuerda para no tomar más ni andar más que lo

que alcanzase; y de esta manera muchos, que nunca acabaríamos de contar. Porque entendían muy bien aquellos santos, que si no apagaban el apetito y codicia de hallar gusto y sabor espiritual, no podían venir a ser espirituales.

3. La *segunda* manera es más particular, porque es de algunos lugares—no me da más esos desiertos que otros cualesquiera—donde Dios suele hacer algunas mercedes espirituales muy sabrosas a algunas particulares personas; de manera que ordinariamente queda inclinado el corazón de aquella persona que recibió allí la merced a aquel lugar donde la recibió, y le dan algunas veces algunos grandes deseos y ansias de ir a aquel lugar, aunque cuando va no se halla como antes, porque no está en su mano. Porque estas mercedes hácelas Dios cuando y como y donde quiere, sin estar asido a lugar ni a tiempo, ni al albedrío de a quien las hace.

Pero todavía es bueno ir, como vaya desnudo del apetito de propiedad, a orar allí algunas veces, por tres cosas: la primera, porque aunque, como decimos, Dios no está atenido a lugar, parece que quiso allí Dios ser alabado de aquella alma haciéndola allí aquella merced; la segunda, porque más se acuerda el alma de agradecer a Dios lo que allí recibió; la tercera, porque todavía se despierta mucho más la devoción allí con aquella memoria.

4. Por estas cosas debe ir, y no por pensar que está Dios atado a hacerle mercedes allí, de manera que no pueda donde quiera, porque más decente lugar es el alma y más propio para Dios que ningún lugar corporal.

De esta manera leemos en la Sagrada Escritura

(Gen., 12, 8 y 13, 4), que hizo Abraham un altar en el mismo lugar donde se apareció Dios e invocó allí su santo nombre, y que después, viniendo de Egipto, volvió por el mismo camino donde había aparecídole Dios, y volvió a invocar a Dios allí en el mismo altar que había edificado. También Jacob *(Gen.,* 28, 13-18) señaló el lugar donde le apareció Dios estribando en aquella escala, y levantando allí una piedra ungida con óleo. Y Agar puso nombre al lugar donde le apareció el ángel, estimando mucho aquel lugar, diciendo *(Gen.,* 16, 13): *Por cierto que aquí he visto las espaldas del que me ve.*

5. La *tercera* manera es algunos lugares particulares que elige Dios para ser allí invocado y servido, así como el monte Sinaí *(Ex.,* 24, 12), donde Dios dio la ley a Moisés. Y el lugar que señaló a Abraham *(Gen.,* 22, 2) para que sacrificase a su hijo. Y también el monte Horeb (3 *Reg.,* 19, 8), donde apareció a nuestro padre Elías.

6. La causa por qué Dios escoge estos lugares más que otros para ser alabado, Él se la sabe. Lo que a nosotros nos conviene saber, es que todo es para nuestro provecho, y para oír nuestras oraciones en ellos, y doquiera que con entera fe le rogáremos; aunque en los que están dedicados a su servicio hay mucha más ocasión de ser oídos en ellos, por tenerlos la Iglesia señalados y dedicados para esto.

CAPITULO 43

Que trata de otros motivos para orar que usan muchas personas, que son muchas variedad de ceremonias.

1. Los gozos inútiles y la propiedad imperfecta que acerca de las cosas que habemos dicho muchas personas tienen, por ventura, son algo tolerables, por ir ellas en ello algo inocentemente. Del grande arrimo que algunos tienen a muchas maneras de ceremonias introducidas por gente poco ilustrada y falta en la sencillez de la fe, es insufrible. Dejemos ahora aquellas que en sí llevan envueltos algunos nombres extraordinarios o términos que no significan nada, y otras cosas no sacras que gente necia y de alma ruda y sospechosa suele interponer en sus oraciones; que por ser claramente malas y en que hay pecado, y en muchas de ellas pacto oculto con el demonio, con las cuales provocan a Dios a ira y no a misericordia, las dejo aquí de tratar.

2. Pero de aquéllas sólo quiero decir de que, por no tener en sí esas maneras sospechosas interpuestas, muchas personas el día de hoy, con devoción indiscreta, usan poniendo tanta eficacia y fe en aquellos modos y maneras con que quieren cumplir sus devociones y oraciones, que entienden que si un punto falta y sale de aquellos límites, no aprovechará ni la oirá Dios, poniendo más fiducia en aquellos modos y maneras que en lo vivo de la oración, no sin grande desacato y agravio de Dios: así como que sea la misa con tantas candelas, y no más ni menos; y que la diga sacerdote de tal o tal

suerte; y que sea a tal o tal hora, y no antes ni después; y que sea después de tal día, no antes ni después; que las oraciones y estaciones sean tantas y tales y a tales tiempos, y con tales o tales ceremonias, y que no antes ni después, ni de otra manera; y que la persona que las hiciere tenga tales y tales partes o propiedades. Y piensan que si falta algo de lo que ellos llevan propuesto, no se hace nada.

3. Y lo que es peor e intolerable es que algunos quieren sentir algún efecto en sí, o cumplirse lo que piden, o saber que se cumple el fin de aquellas sus oraciones ceremoniáticas, que no es menos que tentar a Dios y enojarle gravemente; tanto, que algunas veces da licencia al demonio para que los engañe, haciéndolos sentir y entender cosas harto ajenas del provecho de su alma, mereciéndolo ellos por la propiedad que llevan en sus oraciones, no deseando más que se haga lo que Dios quiere que lo que ellos pretenden; y así, porque no ponen toda su confianza en Dios, nada les sucede bien.

CAPITULO 44

De cómo se ha de enderezar a Dios el gozo y fuerza de la voluntad por estas devociones.

1. Sepan, pues, éstos que cuanta más fiducia hacen de estas cosas y ceremonias, tanto menor confianza tienen en Dios, y no alcanzarán de Dios lo que desean. Hay algunos que más oran por su pretensión que por la honra de Dios, que aunque ellos suponen que, si Dios se ha de servir, se haga, y si no, no, todavía por la propiedad y vano gozo

que en ello llevan, multiplican demasiados ruegos por aquello, que sería mejor mudarlos en cosas de más importancia para ellos, como es el limpiar de veras sus conciencias, y entender de hecho en cosas de su salvación, posponiendo muy atrás todas esotras peticiones suyas que no son esto. Y de esta manera, alcanzando esto que más les importa, alcanzarían también todo lo que de esotros les estuviere bien—aunque no se lo pidiesen—, mucho mejor y antes que si toda la fuerza pusiesen en aquello. Porque así lo tiene prometido el Señor por el Evangelista, diciendo *(Mt.*, 6, 33): *Pretended primero y principalmente el reino de Dios y su justicia, y todas esotras cosas se os añadirán.*

2. Porque ésta es la pretensión y petición que es más a su gusto; y, para alcanzar las peticiones que tenemos en nuestro corazón, no hay mejor medio que poner la fuerza de nuestra oración en aquella cosa que es más gusto de Dios; porque entonces no sólo dará lo que le pedimos, que es la salvación, sino aun lo que Él ve que nos conviene y nos es bueno, aunque no se la pidamos, según lo da bien a entender David *(Sal.* 144, 18) en un salmo, diciendo: *Cerca está el Señor de los que le llaman en la verdad,* que le piden las cosas que son de más altas veras, como son las de la salvación, porque de éstos dice luego (v. 19): *La voluntad de los que temen cumplirá, y sus ruegos oirá y salvarlos ha. Porque es Dios guarda de los que bien le quieren.* Y así, este estar tan *cerca* que aquí dice David, no es otra cosa que estar a satisfacerlos y concederles, aun lo que no les pasa por pensamiento pedir. Porque así leemos (2 *Paral.*, 1, 11-12) que porque Salomón acertó a pedir a Dios una cosa que le dio gusto, que era sabiduría para acertar a regir justamente a su pueblo, le respondió Dios,

diciendo: *Porque te agradó más que otra cosa alguna la sabiduría, y ni pediste la victoria con muerte de tus enemigos, ni riquezas ni larga vida, Yo te doy, no sólo la sabiduría que pides para regir justamente mi pueblo; mas aun lo que no me has pedido te daré, que es riquezas, y substancia y gloria, de manera que antes ni después de ti haya rey a ti semejante.* Y así lo hizo, pacificándole también sus enemigos, de manera que, pagándole tributo todos en derredor, no le perturbasen. Lo mismo leemos en el Génesis (21, 13), donde, prometiendo Dios a Abraham de multiplicar la generación del hijo legítimo como las estrellas del cielo, según él se lo había pedido, le dijo: *También multiplicaré al hijo de la esclava, porque es tu hijo.*

3. De esta manera, pues, se han de enderezar a Dios las fuerzas de la voluntad y el gozo de ella en las peticiones, no curando de estribar en las invenciones de ceremonias que no usa ni tiene aprobadas la Iglesia Católica, dejando el modo y manera de decir la misa al sacerdote, que allí la Iglesia tiene en su lugar, que él tiene orden de ella cómo lo ha de hacer. Y no quieran ellos usar nuevos modos, como si supiesen más que el Espíritu Santo y su Iglesia. Que si por esta sencillez no los oyere Dios, crean que no los oirá aunque más invenciones hagan. Porque Dios es de manera que si le llevan por bien y a su condición, harán de Él cuanto quisieren; mas si va sobre interés, no hay hablarle.

4. En las demás ceremonias acerca del rezar y otras devociones, no quieran arrimar la voluntad a otras ceremonias y modos de oración de las que nos enseñó Cristo. Que claro está que cuando sus discípulos le rogaron que les enseñase a orar (*Lc.*,

11, 1-2), les diría todo lo que hace al caso para que nos oyese el Padre Eterno, como el que tan bien conocía su condición; y sólo les enseñó aquellas siete peticiones del *Pater noster*, en que se incluyen todas nuestras necesidades espirituales y temporales, y no les dijo otras muchas maneras de palabras y ceremonias. Antes en otra parte les dijo (*Mt.*, 6, 7-8) que cuando oraban no quisiesen hablar mucho, porque bien sabía nuestro Padre celestial lo que nos convenía. Sólo encargó, con muchos encarecimientos, que perseverásemos en oración, es a saber: en la del *Pater noster*, diciendo en otra parte (*Lc.*, 18, 1): Que conviene siempre orar, y nunca faltar. Mas no enseñó variedad de peticiones, sino que éstas se repitan muchas veces y con fervor y cuidado. Porque, como digo, en éstas se encierra todo lo que es voluntad de Dios y todo lo que nos conviene. Que por eso cuando Su Majestad acudió tres veces al Padre Eterno, todas tres veces oró con la misma palabra del *Pater noster*, como dicen los Evangelistas, diciendo (*Mt.*, 26, 39): *Padre, si no puede ser sino que tengo de beber este cáliz, hágase tu voluntad.* Y las ceremonias con que Él nos enseñó a orar, sólo es una de dos: o que sea en el escondrijo de nuestro retrete, donde sin bullicio y sin dar cuenta a nadie lo podemos hacer con más entero y puro corazón, según Él dijo, diciendo (*Mt.*, 6, 6): *Cuando tú orares, entra en tu retrete, y cerrada la puerta, ora;* o si no, a los desiertos solitarios, como Él lo hacía, y en el mejor y más quieto tiempo de la noche. Y así, no hay para qué señalar limitado tiempo, ni días limitados, ni señalar éstos más que aquéllos para nuestras devociones, ni hay para qué usar otros modos ni retruécanos de palabras y oraciones, sino sólo las que usa la Iglesia y como las

usa; porque todas se reducen a las que habemos dicho del *Pater noster.*

5. Y no condeno por eso, sino antes apruebo, algunos días que algunas personas a veces proponen de hacer devoción, en como ayunar y otras semejantes; sino el estilo que llevan en sus limitados modos y ceremonias con que las hacen; como hizo Judit (8, 11-12) a los de Betulia, que los reprendió porque habían limitado a Dios el tiempo en que esperaban de Dios misericordia, diciendo :*¿Vosotros ponéis a Dios tiempo de sus misericordias? No es*, dice, *esto para mover a Dios a clemencia, sino para despertar su ira.*

CAPITULO 45

En que trata del segundo género de bienes distintos, en que se puede gozar vanamente de la voluntad.

1. La segunda manera de bienes distintos sabrosos en que vanamente se puede gozar la voluntad son los que provocan o persuaden a servir a Dios, que llamábamos provocativos. Estos son los predicadores, de los cuales podríamos hablar de dos maneras, es a saber: cuanto a lo que toca a los mismos predicadores, y cuanto a los oyentes. Porque a los unos y a los otros no falta que advertir cómo han de guiar a Dios el gozo de su voluntad, así los unos como los otros, acerca de este ejercicio.

2. Cuanto a lo primero, el predicador, para aprovechar al pueblo y no embarazarse a sí mismo

con vano gozo y presunción, conviénele advertir que aquel ejercicio más es espiritual que vocal; porque aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior. De donde por más alta que sea la doctrina que predica, y por más esmerada la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hace de suyo ordinariamente más provecho que tuviere de espíritu. Porque aunque es verdad que la palabra de Dios de suyo es eficaz, según aquello de David (*Sal.* 67, 34), que dice: *Que Él dará a su voz, voz de virtud;* pero también el fuego tiene virtud de quemar, y no quemará cuando en el sujeto no hay disposición.

3. Y para que la doctrina pegue su fuerza, dos disposiciones ha de haber: una del que predica, y otra del que oye; porque ordinariamente es el provecho como hay la disposición de parte del que enseña. Que por eso se dice, que cual es el maestro, tal suele ser el discípulo. Porque cuando en los Actos de los Apóstoles (19, 15) aquellos siete hijos de aquel príncipe de los sacerdotes de los judíos, acostumbraban a conjurar los demonios con la misma forma que san Pablo, se embraveció el demonio contra ellos, diciendo: *A Jesús confieso yo y a Pablo conozco; pero vosotros, ¿quién sois?*, y embistiendo con ellos, los desnudó y llagó. Lo cual no fue sino porque ellos no tenían la disposición que convenía, y no porque Cristo no quisiese que en su nombre no lo hiciesen. Porque una vez hallaron los Apóstoles a uno que no era discípulo, echando un demonio en nombre de Cristo, y se lo estorbaron, y el Señor se lo reprendió, diciendo (*Mc.*, 9, 38): *No se lo estorbéis, porque ninguno podrá decir mal de Mí en breve espacio, si en mi nombre hubiere hecho algunas virtudes.*

Pero tiene ojeriza con los que, enseñando ellos la ley de Dios, no la guardan, y predicando ellos buen espíritu, no le tienen. Que por eso dice san Pablo *(Rom.,* 2, 21): *Tú enseñas a otros, y no te enseñas a ti. Tú que predicas que no hurten, hurtas.* Y por David *(Sal.* 49, 16-17) dice el Espíritu Santo: *Al pecador, dijo Dios: ¿Por qué platicas tú mis justicias y tomas mi ley en tu boca, y tú has aborrecido la disciplina, y echado mis palabras a las espaldas?* En lo cual se da a entender que tampoco les dará espíritu para que hagan fruto.

4. Que comúnmente vemos que, cuanto acá podemos juzgar, cuanto el predicador es de mejor vida, mayor es el fruto que hace, por bajo que sea su estilo, y poca su retórica, y su doctrina común. Porque del espíritu vivo se pega el calor; pero el otro, muy poco provecho hará, aunque más subido sea su estilo y doctrina. Porque aunque es verdad que el buen estilo y acciones y subida doctrina y buen lenguaje mueven y hacen más efecto acompañado de buen espíritu; pero, sin él, aunque da sabor y gusto el sermón al sentido y al entendimiento, muy poco o nada de jugo pega a la voluntad. Porque comúnmente se queda tan floja y remisa como antes para obrar, aunque haya dicho maravillosas cosas maravillosamente dichas, que sólo sirven para deleitar el oído, como una música concertada o sonido de campanas; mas el espíritu, como digo, no sale de sus quicios más que antes, no teniendo la voz virtud para resucitar al muerto de su sepulcro.

5. Poco importa oír una música sonar mejor que otra, si no me mueve más ésta que aquélla a hacer obras. Porque aunque hayan dicho maravillas, luego se olvidan, como no pegaron fuego en

la voluntad. Porque, demás de que de suyo no hace mucho fruto, aquella presa que hace el sentido en el gusto de la tal doctrina, impide que no pase al espíritu, quedándose sólo en estimación del modo y accidente con que va dicha, alabando al predicador en esto o aquello, y siguiéndole por eso más que por la enmienda que de ahí se saca. Esta doctrina da muy bien a entender san Pablo a los de Corinto (1.ª, 2, 1-4), diciendo: *Yo, hermanos, cuando vine a vosotros, no vine predicando a Cristo con alteza de doctrina y sabiduría; y mis palabras y mi predicación no eran en retórica de humana sabiduría sino en manifestación del espíritu y de la verdad.*

6. Que aunque la intención del Apóstol y la mía aquí no es condenar el buen estilo y retórica y buen termino, porque antes hace mucho al caso al predicador, como también a todos los negocios; pues el buen término y estilo, aun las cosas caídas y estragadas levanta y reedifica, así como el mal término a las buenas estraga y pierde... (1).

FIN DEL LIBRO TERCERO Y ÚLTIMO

---

(1) Todos los códices terminan con esta frase al presente capítulo, dejando incompleto este Tratado de la SUBIDA AL MONTE CARMELO *(o Noche activa)*, cuya continuación o segunda parte es el siguiente de la NOCHE OSCURA *(o Noche pasiva)*.